

Autonomía y humanidades

José G. Moreno de Alba

El lingüista y filólogo José G. Moreno de Alba —Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura 2008— reflexiona en este texto acerca de la importancia cardinal de la autonomía universitaria para la investigación en todas las áreas del conocimiento.

Es para mí un alto honor hablar en nombre de Jorge López Páez y Álvaro Matute compañeros profesores de esta Facultad y en el mío propio, para agradecer este cariñoso reconocimiento por haber obtenido recientemente el Premio Nacional. Me pareció que un asunto que por igual interesa a los tres premiados y, obviamente, a los profesores y estudiantes de la Facultad es el de la importancia del estudio de las humanidades en la Universidad. Con su venia deseo relacionar este tema con otro concepto, igualmente destacable: el de la autonomía universitaria.

No ignoro que hay personas para quienes no parece hoy justificado el calificativo *nacional* aplicado a nuestra Universidad. Por mi parte opino que ha sido y seguirá siendo nacional no sólo porque, con sus innumerables dependencias y recintos, se extiende geográficamente por todo el país, sino de manera destacada porque el prestigio de muchos de sus profesores e investigadores, así como la calidad y cantidad de sus posgrados la hacen sin duda la Universidad de todos los mexicanos, la Universidad Nacional de México. Estos razonamientos podrían parecer demagógicos o retóricos. Nada más lejos de la verdad. Bastaría señalar que en recientes listas mundiales de universidades de calidad, la nuestra, en México, es siempre la primera.

Si algunos quisieran escatimarle injustamente a nuestra Casa el adjetivo *nacional*, creo, por lo contrario, que

nadie se atrevería a decir que sólo en el nombre es autónoma. Desde que algunos destacados universitarios obtuvieron para la Universidad Nacional de México su autonomía, ahora hace ochenta años, esta Casa la viene ejerciendo cotidianamente. Ha sido tan decidido, tan inteligente y tan constante este ejercicio por parte de la UNAM, que hubo necesidad de reformar la Constitución para elevar a ese rango la autonomía. Nos hemos ganado a pulso ese derecho, que redundo no sólo en beneficio de la propia Universidad sino, destacadamente, de todo el país. Ha sido tan claro o, mejor, tan preclaro el ejemplo de la UNAM, que después de ella ya son muchas las universidades mexicanas que ostentan hoy con justicia y dignidad el carácter de autónomas. También el liderazgo de nuestra Universidad en el ejercicio de su autonomía puede verse como otra formidable razón para que siga siendo nacional, para que siga siendo la primera Universidad de todos los mexicanos.

Permítanme referirme, brevemente, a la manera en que yo siento que la autonomía influye en la actividad intelectual de los humanistas en general y de los filólogos en particular. Comienzo por hacer algunas precisiones sobre conceptos que suelen repetirse a veces de manera mecánica, sin suficiente reflexión. Suele decirse, por ejemplo, que la Universidad tiene entre sus principales obligaciones —además, claro está, de formar profesionistas responsables— la de contribuir a la solu-

ción de los grandes problemas nacionales. Entre éstos, no sin razón, se mencionan la pobreza, la falta de salud, la flaca economía, la inseguridad, el desempleo, el subempleo, etcétera. No niego que éstos son problemas y no sólo eso sino que son grandes problemas. Sin embargo, no es muy común poner, en la lista de estas abrumadoras dolencias y carencias, la falta de educación de calidad.

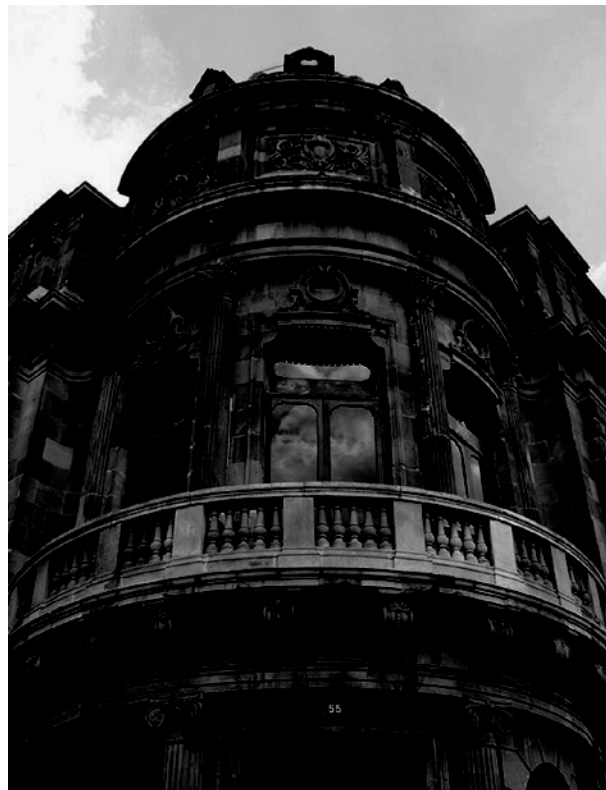
Un breve paréntesis. Hace algunos años fui invitado a Corea del Sur, para dar conferencias en los departamentos de español de algunas universidades de aquel país. Conversando en español con algunos viejos profesores, les pregunté cómo se había logrado, en tan poco tiempo, en el caso de Corea, el paso del subdesarrollo a un casi primer mundo. Me explicaron algo que no se me olvidará: cuando, después de la guerra de Corea, se percataron de que era un país pobre, sin petróleo, sin tecnología, sin minería, casi sin nada, y de que lo único que tenía era, sin embargo, lo más valioso: la gente. Decidieron entonces apostar todo a la educación. Y, en veinte años, dejaron atrás la pobreza y la insalubridad. Un pueblo educado, un pueblo culto está destinado más pronto que tarde al desarrollo.

Qué lejos está México de esa convicción. La educación no llega aquí a todos y a los que llega, les toca, por lo general, una educación de muy poca calidad. No cabe duda de que la educación o, mejor, la falta de una buena educación es uno de los más graves problemas nacionales, si no es el más grave de todos. Ahora bien, regresemos a la Universidad. La UNAM siempre ha considerado, entre los grandes problemas nacionales, que debe contribuir a resolver el de la educación. Esta generosa y, sobre todo, inteligente decisión la pudo y la puede hacer suya gracias a su bien ejercida autonomía. Trataré de explicarme. Considérese, por ejemplo, que sin una devota atención y permanente cultivo de las humanidades, resulta casi imposible, por una parte, resolver a fondo, en serio, la educación del país y, por otra, lograr que una universidad cualquiera lo sea en verdad. Una verdadera universidad se distingue de aquellas que así se llaman pero apenas lo parecen, entre otras cosas, en que en aquella se respeta y se estimula el cultivo de las humanidades. La institución, así se llame universidad, que no atiende las humanidades no merece, en mi opinión, esa nobilísima designación.

Gracias a la autonomía universitaria, bien ejercida, existe en la UNAM una institución tan noble como lo es la Facultad de Filosofía y Letras. En esta Universidad tiene el mismo formidable apoyo tanto el profesor de medicina, de derecho o de contaduría —que tienen la grave responsabilidad de formar buenos médicos, abogados y contadores, que tanto necesita nuestro país— como el investigador que trabaja sobre metafísica o sobre fonología diacrónica. Esta generosa manera de concebir la función universitaria se debe, qué duda cabe, a la

autonomía. Cuando los estudios universitarios se ven como un negocio o como una manera fácil de justificar, ante el gobierno, por ejemplo, el ejercicio de un presupuesto proveniente de los impuestos, se explica —aunque no se justifica— que se desatiendan las humanidades y se limite la oferta a unas pocas carreras de las llamadas tradicionales. Ello no sucede en la UNAM, pues —aunque ciertamente la mayor parte de sus recursos proviene de los impuestos de los ciudadanos y, por tanto, debe explicar a la sociedad y a sus representantes, puntualmente, la manera en que los emplea, y así lo viene haciendo nuestra Universidad— tiene asimismo libertad absoluta para organizar tanto su gobierno interno cuanto, sobre todo, sus planes y proyectos académicos.

Ahora bien, si autónomamente ha decidido la UNAM apoyar —y apoyar en serio— las humanidades, no es obviamente por un capricho, por una tradición —así sea muy respetable— o por un simple y poco definido afán de divulgación cultural. No lo hace tampoco para así obtener fama y prestigio que, por otra parte, sí obtiene y muy merecidamente. No. Lo hace sobre todo porque por una parte, ha decidido seguir siendo una verdadera universidad y, para ello, necesita atender, en la medida de sus posibilidades, todas las ramas del conocimiento y, por otra, porque está convencida de que las humanidades juegan un papel esencial en la educación de un pueblo. Un pueblo educado, dije antes, está destinado a progresar, a vivir mejor. Pues bien, un pueblo educado es, necesariamente, un pueblo culto; y no puede darse esta cultura sin el esencial componente de las humanidades.



Palacio de la Autonomía



Casa de los Mascarones

Como universitario dedicado a la investigación lingüística y filológica debo preguntarme: ¿Qué papel desempeñan, en las humanidades —y en la cultura, y en la educación— la lingüística y la filología? Uno muy importante. La lengua no es sólo lo que mejor nos distingue de los demás animales sino que, además, casi toda la cultura y la ciencia podemos hacerlas nuestras sólo por la lengua, por las lenguas. Estudiar, conocer lo mejor que se puede una o más lenguas es, primero, conocer un poco mejor al ser humano y, después, tener la oportunidad de asimilar con mayor beneficio la cultura, entendiéndose ésta en su sentido meramente etnológico —modos de vida, costumbres...— o, también, como la milenaria acumulación de conocimientos artísticos y científicos. La filología tiene como sujeto de estudio la lengua, los textos. Los más especializados conocimientos filológicos y lingüísticos, aunque parezca increíble, por una especie de efecto cascada, acaban por ser de gran utilidad en los diversos niveles educativos. La UNAM lo ha entendido así. No hay en nuestro país otro lugar en

donde los estudios filológicos tengan un apoyo semejante y esto se debe, por una parte, al absoluto respeto que esta Casa tiene por lo que debe ser una verdadera universidad, institución que no podría explicarse, repito, sin las humanidades —y éstas, tampoco, sin la filología— y, por otra, a que sobre la base del ejercicio de su autonomía, la UNAM ha decidido, sabiamente, atender la investigación en humanidades y la formación de humanistas.

Deseo terminar con una breve reflexión sobre dos términos con los que podrían relacionarse tanto las humanidades cuanto los humanistas. Un humanista, en la UNAM, ¿es un diletante o es un profesional? Defino con pocas palabras los dos vocablos. Es un diletante el “que cultiva algún campo del saber, o que se interesa por él, como aficionado y no como profesional”. Un profesional, por su parte, es quien “practica habitualmente una actividad, de la cual vive”. Gracias a la autonomía universitaria, los humanistas de la UNAM no somos diletantes, no somos aficionados, sino que, tal como lo son los demás profesores e investigadores, somos profesionales, porque —debido a que la Universidad entiende que del estudio y conocimiento de las humanidades no deriva un conocimiento estéril, que se quede en el humanista y sólo a él lo enriquezca, sino que efectivamente lo trasciende y acabará por ser útil a la sociedad— debido a eso, digo, la UNAM paga salarios semejantes a los filólogos, a los filósofos, a los abogados, a los médicos...

En la UNAM, gracias a su autonomía, todos sus profesores y sus investigadores somos profesionales, todos vivimos de nuestra actividad, todos nos merecemos nuestro salario porque todos, de una manera u otra, participamos de la enorme responsabilidad que caracteriza a toda verdadera universidad, esto es: mediante el cultivo de todas las ciencias, crear, recrear y transmitir conocimientos que, en definitiva, incidan en la sociedad y ayuden a la solución de los problemas nacionales. No sólo la UNAM, por tanto, sino la sociedad en su conjunto, debe no sólo celebrar la autonomía sino, sobre todo, garantizar su plena vigencia y vigilar su responsable ejercicio cotidiano. **■**

Palabras pronunciadas el 26 de mayo en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, para agradecer el homenaje que ahí se ofreció a los profesores que habían recibido el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2008.

Gracias a la autonomía universitaria, los humanistas de la UNAM no somos diletantes, sino que, tal como lo son los demás profesores e investigadores, somos profesionales.